

Max Aub en mi casa del bosque y otros recuerdos reales e imaginarios

No está el mañana –ni el ayer– escrito.

ANTONIO MACHADO

Beatrice Bergamín Serredi

Dormidos en un rincón caliente de la librería de mi casa que, siempre a mi lado, muchas vidas y viajes, cajas y paisajes, mudanzas y traslados, ha vivido, encuentro dos libritos de Max Aub, dos viejos supervivientes. Seguramente ellos hayan viajado mucho más que yo misma, antes de soñar despiertos o de dormir soñados en mi casita del bosque.

Uno de ellos se llama: *El teatro español sacado a la luz de las tinieblas de nuestro tiempo. Discurso leído por su autor en el acto de su recepción académica el día 12 de diciembre de 1956. Y contestación de Juan Chabás y Martí*. Impreso originalmente en México en 1971 aunque con pie de imprenta de la Academia Española. Madrid. Tipografía de Archivos. Olózaga, I. 1956.

En la contraportada de mi ejemplar, hay una frase escrita a mano con rotulador negro y letra grande, que su autor trazó para mi abuelo: “¡Feliz año nuevo! Max”. Y abajo, en la esquinita derecha, escribió con ese mismo rotulador negro: “Dic. 71”.

Max Aub murió, como saben, el 22 de julio de 1972, en México, solamente siete meses después de trazar con mano amable y cercana esa feliz rúbrica que regaló a su amigo, José Bergamín. Quizá se encontraran, no lo sé, en el último viaje que Aub hizo a España, precisamente en aquel año 1972, todavía oscuro.

El segundo librito, superviviente republicano, que duerme ahora, más o menos tranquilo, en mi biblioteca, se llama: *Max Aub, 3 Monólogos y uno solo verdadero*. Tezontle. Y se acabó de imprimir el día 27 de julio de 1956 en los talleres de Gráfica Panamericana, S.

de R.L. Forma parte de una edición de 1000 ejemplares.

Es precioso el color rojo sangre impreso en el número 3 y en la frase y *uno solo* de su portada. Sus páginas aún están pegadas entre sí, lo cual indica que, tal vez, mi abuelo no tuvo el tiempo, el sitio, el gusto, o lo que fuera, de leerlo; en la primera página, su amigo Max escribió, con rotulador finito de color marrón o rojo teja descolorido: “Para Pepe, con un gran abrazo. Max”.

A sorbitos lentos disfruto del prólogo y del primero de los 3 *monólogos y uno solo verdadero*, lo leo sin rasgar las páginas entre sí pegadas –no seré yo quien otorgue nueva forma física o matérica a este delicado superviviente de guerras, exilios, hogueras, barricadas y barbaries–, así que leo el monólogo sin romper el hermanamiento de sus páginas con ningún filo, lo leo metiendo la cabeza, casi toda, entre mi yo asombrado y la sombra de las dos páginas pegadas, para sorber las palabras con los ojos. Es como entrar en la memoria por el hueco sin luz de lo escrito, como entreabrir la puerta de una casa y, desde el umbral, dejarse penetrar por el olor y el miedo que la habitan para darles la mano a sus fantasmas.

Me estremece la soledad agónica de Emma, la mujer protagonista del monólogo titulado *De algún tiempo a esta parte*, texto escrito en París en 1939 y publicado en México, por primera vez, diez años más tarde, tal y como nos cuenta Max Aub en su brevísimo prólogo, firmado en 1956.

Me habla al oído y grita para todos, Emma vieja muy vieja, sola muy sola, congelada de frío mucho frío, en el centro vacío de un

escenario vacío de un teatro vacío, en esa Viena helada y hueca de esperanza de 1938. Viena, ciudad hundida en la República Austríaca que en esos tiempos de terror y horror estaba bajo el mando de la Alemania nazi y a la que los nazis llamaban el Anschluss. Es Emma una mujer desesperada que alza la voz, que habla con nosotros hablando en realidad con su marido muerto, muerto no, fusilado sí, en el campo de Dachau “por delirios de raza”. Emma muerta en vida, madre de hijo muerto en una cárcel en España, al que llora y del que se duele y duda –qué terrible duda– y se pregunta: ¿de qué "lado" estaba?

Me imagino y veo al Max Aub de 37 años, detenido en abril de 1940 en el campo de Roland Garros y un mes después trasladado al campo de concentración del Vernet d'Ariège. Me imagino y siento su terror, su dolor, el frío y el hambre, la impotencia, la soledad, y pienso en su valentía tremenda, tremebunda, igual o parecida a la de su personaje, Emma, cuando dice: “Por eso no quiero que me consuele nadie. ¿Y quién me consolaría?”.

Pienso en Max pensando en Emma, mujer escrita un año o meses antes de ser detenido por ser comunista, y pienso en la figura femenina, imaginaria, literaria, fantasmal, dramática, de ella, premonitoriamente desolada por la muerte en un campo de su marido judío. Pienso en Max transformado vivo en ese marido muerto y en Emma visitándolo, apareciendo a su lado. Pienso en las noches de Aub en el campo de concentración, horas sin sueño, sueños sin hora, tiempo o incubo habitado por los personajes de su teatro, hablándole con ternura, arrojándolo, cogiéndole la mano.

Cierro el libro y no leo, no por ahora, los otros dos monólogos que contiene, titulados *Discurso de la plaza de la Concordia* y *Monólogo del Papa*, los dejo ahí, tranquilos, no dormidos. Ninguno de ellos había gozado de los honores de un libro hasta publicarse en este, aunque sí habían aparecido en revistas literarias en 1950, tal y como nos dice Aub en el prologueto del libro de 1956 que sostengo entre las manos.

• • •

Abro ahora el otro libro antes nombrado y sí leo, apasionadamente, el discurso de ingreso de Max Aub, en 1956, en la Academia Española –nótese la ausencia de la palabra Real–. Es un texto en el que frases luminosas me asaltan, frases como: “El teatro, como todo, vive el presente”. Discurso humilde, agradecido, cercano, limpio de retórica. O eso es lo que parece, no todo es lo que parece. Max Aub habla de su antecesor en la silla “i” minúscula, Don Ramón María del Valle Inclán, y habla de teatro y habla de los dramaturgos consagrados y de otros nuevos autores.

Y dice cosas imaginadas en su tiempo, los años 50 en España, y también irreales en el nuestro, cosas que ahora no dice nadie porque no son así tampoco ahora, cosas que laten hoy en día como estrellas humilladas, borradas de nuestro estremecido firmamento y del presente en 2023, cosas que me emocionan por ausentes: “El estado actual del teatro en España abre las esperanzas a los jóvenes y les da las facilidades que nosotros quisimos (y no encontramos tan a pie llano) gracias a la libertad de un Estado acogedor y tolerante con las expresiones artísticas, sean las que fueran, sabiendo que no hay mejor política para el hombre y la realidad de España”.

¿Imagináis que así hubiera sido realmente en los años 50?

¿Imagináis que así fuera, verdaderamente, aquí y ahora, hoy?

Como sabéis, o imaginabais, el discurso de Max Aub es un discurso IMAGINARIO e imaginaria es la ceremonia de su toma de posesión del sillón “i” que nunca fue del autor, sencillamente porque en 1956 él estaba exiliado en México –milagrosamente vivo– y esencialmente porque en España la cultura había sido muerta, arrasada, censurada, asesinada, torturada y quemada por el dictador.

Así que este maravilloso texto de un Max Aub académico imaginario de 53 años y director ficticio de los Teatros Nacionales de

España, es, verdaderamente, un literario y lúcido discurso esencialmente irónico, melancólico, revolucionario, y amargo, muy amargo, un paréntesis luminoso que abre una puerta hacia el pasado que no fue y nos revuelve las tripas, y es, en realidad, un simulacro maravilloso, y es teatro puro, teatro ceremonial, testimonial, documental, auto ficcional, con vocación de transformar el pasado para así crear un presente que pudo haber sido, pero no fue ni ha sido, aunque debería haber sido, ojalá hubiera sido.

Max Aub se inventa el presente porque se imagina el pasado tal y como NO ha sucedido, porque “inventar no es rehacer, no es sustituir sino restituir”, como dijo Muñoz Molina.

Presentes imaginariamente en el futuro ilusorio de Aub, presentes en carne viva, en la toma de posesión del sillón “i” de Max, escuchando y no con el alma ausentes, testigos del discurso de ingreso, estaban, irrealmente, sus amigos reales, perdón, sus amigos republicanos, como el Sr. Presidente de la República, como Federico García Lorca a sus 58 años, Pedro Salinas y Jorge Guillén, Luis Cernuda y Rafael Alberti, Vicente Aleixandre y Dámaso Alonso, o Juan Chabás, además de escritores como Camilo José Cela –que no era republicano sino todo lo contrario y que realmente sí fue académico en 1957– y hasta el joven Miguel Delibes, que también fue académico pero no en 1956 sino en 1975.

Los muertos asesinados y los vivos exiliados, y otros todos, dialogando entre sí y disfrutando de las imaginarias vidas distintas que su amigo Max les regalaba, y escribiendo, claro, publicando, estrenando, pensando y haciendo de este país, España, otra España posible, amante y cuidadora de la cultura, una que no ha sido excepto en periodos breves de su historia y que, a día de hoy, en este verano caliente del 2023 en el que escribo, sigue sin ser. ¿Qué ser sin ser, es ahora, España? Me pregunto, les pregunto, con angustia unamuniana.

Este maravilloso discurso imaginario, o soñado, sí escrito y publicado por Max Aub en 1956, fue la inspiración para el discurso de

ingreso verdadero del escritor Antonio Muñoz Molina en la Real Academia Española, donde sí tomó real posesión del sillón “u” el día 16 de junio del 1996. Un discurso, el de Muñoz Molina, donde se dicen verdades espléndidas como esta, entre otras muchas, sobre Max Aub: “Nos enseña que la historia, que sólo sucedió de una manera ya cerrada, pudo suceder de otro modo, contuvo posibilidades luego abolidas (...)”.

Posibilidades, sí.

Pobre España, que diría mi abuelo... “pe-regrino de una España que ya no está en mí”.

José Bergamín no estuvo ni siquiera imaginariamente presente –todavía exiliado en París, en la dura vida verdadera– en aquel día imaginario del 56, día memorable para su amigo Max. ¡Qué acierto el de Max Aub y qué bien lo conocía! Qué bien hizo, pienso yo, excluyéndolo del público imaginario de aquel discurso en el que, sin embargo, le dedica largos párrafos, refiriéndose a “la resonancia, por los recovecos, cuevas, cavidades, honduras, de su teatro, estrenado, obra por año, en el Teatro Nacional”. Porque Max Aub hubiera estrenado a Bergamín año tras año en su soñado Teatro Nacional, si las cosas no hubieran sido como fueron. Y le otorgó, con muy buen tino, el sillón “h” de la tal Academia Española ficticia de la que, por supuesto, se había borrado la palabra Real, como anteriormente hice notar. Muy bergaminiano tener una silla muda en una Academia inexistente, pues, aun existiendo, nunca jamás, mi abuelo, que nunca se calló por más intentos que hubo de acallararlo, hubiera pisado tan honorable y postinero lugar, sede de largas y serias reuniones, de juntas y conversaciones entre académicos, cuervos y filólogos, a los que detestaba, como seguramente bien sabía el señor Max Aub. En fin, pero esa es otra historia.

Mi abuelo y Max fueron buenos amigos, con sus diferencias, está claro, y ambos volvieron dolorosamente y tarde, a ratos, a saltos, volvieron sin volver y volvieron a irse, volvieron como mal pudieron, a una España fantasmal que no era ya la suya. Compartieron la misma España republicana y la misma guerra y

la misma Europa, antes de exiliarse en México: Bergamín en el 39 y en 1942 Max Aub.

Desde el año 1936 trabajaron en la Delegación de Cultura de la Embajada de España en Francia. Ambos eran miembros de la Alianza de Escritores Antifascistas para la Defensa de la Cultura. Max Aub ocupaba el puesto de secretario del Consejo Nacional de Teatro desde 1937. Ese mismo año coincidieron en el Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura celebrado en Valencia, Madrid, Barcelona y París. Los dos pertenecieron a la Junta de Cultura Española, creada en marzo del 39, que mi abuelo presidió en sus comienzos.

Entre otras cosas verdaderas y otros sueños truncados –siendo ambos Agregados Culturales de la República en la embajada de España en París–, compartieron y vivieron aquellas tardes de las que tanto se ha hablado y escrito, visitas al estudio de Picasso, en París del 36, para encargarle, o más bien para convencerlo de pintar un cuadro que nos representara, a la República, en la Exposición Internacional que habría de celebrarse en el 37.

Y de esas conversaciones nada blancas y de esos negros bombardeos nació el *Guernica*, en blanco y negro, que antes de ser trasladado al Pabellón de la República Española y expuesto ante el mundo para gritar con la voz muda de los muertos, vivió en el estudio parisino del malagueño, aquel sueño o juego picassiano, un poco loco, de ser coloreado, juego o sueño del que nos ha llegado, rescatada, esa preciosa o frágil y triste historia de los colores del *Guernica*, y de la temblorosa lágrima roja en papel couché que Pablo regaló a mi abuelo. Pero esa es otra historia que ahora no viene a cuento, aunque no es ningún cuento.

• • •

Vuelvo a mí, al teatro, a Max y al "casi" presente.

Recuerdo, por supuesto, aquel día en el que estuve, ocupando mi butaca del teatro María Guerrero, como espectadora de la puesta en

escena del *San Juan*, dirigido por Juan Carlos Pérez de la Fuente, en 1998. Un texto impresionante escrito por Aub en México, en 1943, y que, por cierto, fue publicado por mi querido maestro en la Resad, José Monleón, en este, su Primer Acto, en el año 1964, valiente decisión en aquellos años por su parte, como tantísimas otras.

Así que me subí –imaginariamente, yo no estaba contratada– a la cubierta de aquel barco inmenso que atravesaba el mar del teatro en 1998, fantasma ilusorio y teatral del barco verdadero, llamado Sidi Aicha, en el que Aub fue obligado a embarcarse para hacer la travesía hasta el campo de concentración de Djelfa, en Argelia, en el año 1941.

Y también, por supuesto, años más tarde, me emocionó aquella puesta en escena, cercana al verano de 2015 y posteriormente en la primavera de 2016, en el Teatro Valle Inclán, de *El laberinto mágico*, dirigida por Ernesto Caballero junto a su ayudante de dirección, ahora mi amigo del alma, Víctor Velasco. Con la memorable dramaturgia de mi querido y admirado José Ramón Fernández, y cuya publicación por el Centro Dramático Nacional en 2017 reposa también en mi casa, junto a los dos libritos supervivientes del 56. Una dramaturgia complejísima de llevar a cabo, en la que participaron las actrices y actores del montaje, elaborada a partir de las más de dos mil páginas, fundamentales y estremecedoras, que conforman las seis novelas y los relatos de Aub sobre la guerra civil española.

Escribir para comprender.

Comprender escribiendo.

Campos, campos, campos... de sangre y de almendros.

• • •

Lo más curioso es que tengo un recuerdo nítido, y sé que es real aun pudiendo parecer imaginario, un recuerdo de adolescencia que me retrotrae a los primeros años de la década de los 80. Hablo de la primera vez que tuve

la osadía de subirme a un escenario, durante la celebración de la Semana Cultural en el Instituto en el que yo estudiaba, con apenas 14 años. Fue de la mano de un monólogo, y no recuerdo el título, de Max Aub. Recuerdo memorizar el texto con pasión. Recuerdo que Rafael Alberti vino a verme y al verlo allí sentadito, en medio de madres, padres y hermanos pequeños, con su pelo blanco y sus manos grandes, se me revolvió el corazón, y los ojos incrédulos de los presentes me dieron mucha risa.

Recuerdo a una profesora de matemáticas que, al terminar la representación, se acercó a mí, entre cajas, y no me dio la enhorabuena ni nada parecido a un beso ni un abrazo, simplemente me dijo: no entiendo cómo suspendes matemáticas siendo capaz de aprenderte de memoria este larguísimo monólogo. Pobre, ella no sabía que solamente la memoria emocional queda impresa en el alma, y es capaz de expresarse artísticamente, siendo memoria que

penetra, para después poder salir del cuerpo con la fuerza de una bandada de pájaros.

Desde entonces sigo sin hacer pie en la tierra seca de lo que los otros sí entienden, y no entiendo mi vida sin la escena, sin la poesía o sin los libros. Sin lo imaginario. Bueno, en realidad creo que ya no entiendo ni pretendo entender nada, aunque también esa es, sin serlo, otra historia que no viene a cuento.

Gracias a Max Aub por tanto y por confirmar esta sensación mía, tan maxaubiana, de irrealidad constante •

Viva la República.

POSDATA: Querido Max, siento decirte que, afortunadamente, no se ha hecho realidad –y este N° 365 de Primer Acto lo atestigua– esa frase tuya, escrita en marzo de 1956, que cierra el prólogo de tu libro *3 monólogos y uno solo verdadero*, y dice así: “Día llegará en el que lo que dije no cuente. Ojalá sea pronto”. Pues, sigues contando. Abrazo. BB